

Convergencias y divergencias: México y Perú, siglos XVI-XIX

Lilia V. Oliver Sánchez
(coordinadora)



Convergencias y divergencias: México y Perú, siglos XVI-XIX

Lilia V. Oliver Sánchez
(coordinadora)

Universidad de Guadalajara
El Colegio de Michoacán
2006

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	
<i>Lilia V. Oliver Sánchez</i>	9
LA MONARQUÍA HISPANA: APARATOS DE GOBIERNO Y SISTEMAS DE REPRESENTACIONES	
Concepción y aparatos de la justicia: las Reales Audiencias de Indias	
<i>Carlos Garriga</i>	21
Reflexiones en torno al gobierno indiano en tiempos de los Habsburgo	
<i>Rafael Diego Fernández</i>	73
Los virreinos peruanos y mexicanos durante la época de los Austrias: notas sobre una historia común	
<i>José de la Puente Brunke</i>	85
Construcción de una cultura imperial: Zaragoza, Valladolid de Michoacán, Lima y Manila lloran al príncipe Baltasar Carlos (1647-1648)	
<i>Thomas Calvo</i>	101
POLÍTICAS IMPERIALES Y REALIDADES LOCALES	
Las Ordenanzas de Intendentes y los pueblos de la provincia de Zacatecas	
<i>Beatriz Rojas</i>	131
Del Cabildo de Indios al municipio insurgente (1784-1824). El caso de la Intendencia de Lima, en una perspectiva comparada	
<i>Claudia Guarisco</i>	153

El restablecimiento de la Constitución de Cádiz en la Nueva España <i>Jaime Olveda</i>	171
Censura según las circunstancias. La aplicación del decreto de libertad de imprenta en Lima, 1811-1812 <i>Carmen Villanueva</i>	187
La Real Expedición Filantrópica de la Vacuna y la Junta Central de Vacunación de Guadalajara <i>Lilia V. Oliver Sánchez</i>	205
REPRESENTACIONES DE LAS REALIDADES HISPANOAMERICANAS	
Manifestaciones del poder en el retrato y las fiestas del epílogo virreinal peruano <i>Ricardo Estabridis Cárdenas</i>	235
Pinceles de la memoria. La independencia de la pintura en México y Perú, 1800-1850 <i>Arturo Camacho Becerra</i>	255
La minería mexicana en la obra de los pintores viajeros del siglo XIX <i>Chantal Cramaussel</i>	273
ESPAÑA Y AMÉRICA EN LA CONSTRUCCIÓN DE UN PROYECTO HISTORIOGRÁFICO	
Silvio Zavala: una vida dedicada a la construcción de una visión panamericana de la historia <i>Rafael Diego Fernández</i>	295

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA CULTURA IMPERIAL: ZARAGOZA,
VALLADOLID DE MICHOACÁN, LIMA Y MANILA LLORAN AL
PRÍNCIPE BALTASAR CARLOS (1647-1648)*

THOMAS CALVO

Universidad de Paris

Consuélame el ir experimentando que, por medio de tantos trabajos, quiere Nuestro Señor salvarme; como esto sea, todos me parecen pocos y fáciles de llevar. Todo lo que he podido he hecho para ofrecer a Dios este golpe, que os confieso me tiene traspasado el corazón y en estado que no sé si es sueño o verdad lo que pasa por mí.

Carta de Felipe IV a Sor María de Ágreda, 10 de octubre de 1646.

De 1700 a 1646

A lo largo de todo el año de 1701, en las cuatro partes del mundo de aquella época, se oyó caer y rodar una corona, la de Carlos II. Se reportaban los mayores prodigios: ¡el cuerpo del rey, al morir, no tenía sangre! Se repetían las mismas metáforas evangélicas: la muerte de ese grano de trigo estéril prometía fecundidad.¹ En todas partes la gente estaba inconsolable. En Santiago de Compostela fue como el fin de un mundo solar

Yaze todo lo sabio, que conspira
a helar su luz un sol embuelto en hielo

* Traducción del francés de María Palomar Vereá.

¹ Como en San Luis Potosí y Puebla, *vid.* Juan de San Miguel, *Espejo para todos los reyes de el Mundo [...] D. Carlos Segundo*. México, 1701, 25 pp.; Doctor Joseph Gomez de la Parra, *Grano de trigo fecundo de virtudes en la vida, fecundissimo por la Sucesión en la muerte [...] Don Carlos Segundo*. Puebla, 1701, 38 fols.

que el propio fénix no podía resucitar². En Lima, tras las ceremonias, “ninguno bolvió sin desconsuelo; porque se llevó y se truxo su dolor”. En el espléndido túmulo barroco instalado en el centro de la catedral, rematado por un fénix, se leía:

Que si un siglo ha acabado con tu muerte
otro siglo comiença con tu llanto³.

Es ese dolor, esa sensación del fin de un ciclo –de ahí los numerosos paralelismos entre Carlos V, el fundador, y Carlos II, el término– lo que el Imperio manifiesta en esos momentos.

En ese preciso instante, con un universo trastornado, nadie pensó en las honras fúnebres que se habían hecho, medio siglo antes, al medio hermano de Carlos II, el príncipe Baltasar Carlos. Y, sin embargo, hay entre ambos acontecimientos vínculos estrechísimos: si la Monarquía católica desaparecía en 1700 era porque ese grano de trigo estéril que fue Carlos II había sido precedido por otro, de la misma naturaleza pero más prometedor, muerto en Zaragoza la noche del 9 de octubre de 1646.

La muerte de un príncipe heredero, aunque fuese hijo único, no supone igual cataclismo para una monarquía que la de un rey que desaparece sin dejar descendencia directa. Y sin embargo el drama que iba a vivir la Monarquía católica (y con ella parte del universo) a partir de 1700 estaba ya escrito en los hechos desde 1646, cuando el joven Baltasar Carlos –radiante, exaltado por el pincel de Velázquez– deja a su padre desamparado y ya viudo. La Monarquía católica había co-

² Citado en Yolanda Barriocanal López, *Exequias reales en la Galicia del Antiguo Régimen. Poder ritual y arte efímero*. Vigo: Universidad de Vigo, 1997, pp. 214-217.

³ Joseph de Buendía, S.J., *Parentación real al Soberano [...] Don Carlos II*. Lima, 1701, fol. 37r y 57v.

nocido en su historia dramas semejantes: a la muerte de Don Carlos, Felipe II se halló sin heredero hasta que su mujer –y sobrina– le dio al linfático Felipe. Más tarde, lo mismo ocurriría a Felipe IV, y de ahí salió Carlos “el Hechizado”.

Queremos, pues, fijar nuestra atención en esos momentos de desamparo, cuando todo parece quedar en tela de juicio, cuando los esquemas tradicionales se endurecen en el discurso –la invocación de los grandes ancestros, de los mitos fundadores y los ideales inaccesibles– porque se espera que aporten los remedios, que garanticen la continuidad amenazada, que ofrezcan el refugio de las perdidas edades doradas. Esos instantes permiten al historiador plantear múltiples interrogantes y, en primer término, aquélla, esencial, sobre la comprensión que hayan podido tener los contemporáneos de la importancia de lo que está en juego. Sin duda las circunstancias son distintas en 1646 y en 1700: en 1646 habría que haber sido profeta (o Casandra) para anticiparse medio siglo a la historia. Pero las realidades estaban igualmente veladas en 1700: en particular, la personalidad del joven Felipe de Anjou era totalmente impenetrable para sus futuros vasallos. Añadamos aquí que el historiador deberá luchar contra su mala fe: no le es difícil vaticinar, conociendo el fin de su historia...

Se trata también de ver formarse una cultura, de verla expresarse a través del discurso al que dan lugar esos episodios que son centrales porque tocan la encarnación del Estado, su sucesión, y por tanto la perpetuación de su legitimidad y su sacralidad. En realidad lo que observamos es una sección, un palmo de cultura, lo que llamamos “cultura imperial”. Ésta es una expresión que hemos de aclarar. Más arriba, desde el título, evocábamos su “construcción”: esto implica que se trata de un hecho evolutivo, variable a lo largo del tiempo y las circunstancias, pero también –como veremos– de la geografía, precisamente “imperial” por sus dimensiones. En 1646 el fenómeno que la transporta alcanza, como una onda, desde Zaragoza hasta Manila, entre 1646 y 1648. Está también en construcción porque

aquí la abordaremos, de manera privilegiada, a partir de algunos de sus constructores, los oradores sagrados encargados de los sermones fúnebres: a la fábrica edificada por otros (hombres de espada, letrados), estos eclesiásticos aportan la fachada, precisamente la de la Monarquía católica que algunos, menos puntillosos, han considerado expresión de “nacional-catolicismo”. Es, finalmente, “imperial” porque está impuesta y centralizada por la connivencia de las instancias superiores, civiles y religiosas. Es, pues, dominante, aun cuando permite un juego de variantes, aun cuando pueden expresarse –si bien siempre en sordina– los particularismos.

Con tal perspectiva, finalmente hemos preferido 1646 a 1700. Sin duda el acontecimiento es de menor envergadura: no se trata de la desaparición de una dinastía, del preludio de una auténtica guerra mundial; será en consecuencia menos traumatizante y paralizante para los testigos. Tanto más cuanto que en 1646 todo está en devenir, todo es posible, mientras que en 1700 todo ha terminado o resulta imposible: entre ambas fechas culmina la conformación de cierta imagen del soberano sacralizado; al mismo tiempo ha naufragado la supremacía política de la Monarquía católica. Añadamos que 1646 queda todavía dentro del Siglo de Oro de Velázquez, de Gracián o (casi) de Quevedo, muerto un año antes que el joven príncipe.

Las circunstancias y los azares del tiempo transcurrido han dejado pocas huellas impresas de las honras fúnebres de 1646-1648: cinco obras se conservan en la Biblioteca Nacional de Madrid, contra por lo menos veinticinco para Carlos II. Pero esos documentos están notablemente repartidos, desde el epicentro de Zaragoza (octubre de 1646) hasta Manila (noviembre de 1648), pasando por Valladolid de Michoacán y Lima⁴. Esa débil presencia en la Biblio-

⁴ Por supuesto que se publicaron otras obras en esta ocasión: la colección Lafragua, en la Biblioteca Nacional de México, conserva dos opúsculos de

teca de Madrid es muestra, a la vez, de falta de interés y de mala calidad: notemos ante todo que no se registra ningún grabado, salvo una xilografía, mediocre aunque expresiva, que acompaña el impreso mexicano. Es que el Siglo de Oro coincide con una baja notoria de la impresión española, y aún más de sus talleres de grabado: lo que desde 1610 escribía un autor se repetía aún en 1675: “todas las naciones menos ésta [la española] tienen tal inclinación a grabar en estampas, para que todo el mundo vea lo sutil de sus ingenios”⁵. Menos papel, menos dibujos, pero no menos agudeza. Es lo que esperamos descubrir acompañando de nuevo la memoria del joven Baltasar Carlos, muerto días antes de cumplir los diecisiete años⁶.

Valencia y Madrid; José Toribio Medina registra seis títulos editados en México, sólo uno de los cuales está presente en Madrid: *La imprenta en México (1539-1821)*. México: UNAM, 1989 [1911], t. II

⁵ Eugenio Cajés (1610), retomado por Jusepe Martínez (1675), citados en J. Portus y J. Vega, *La estampa religiosa en la España del Antiguo Régimen*. Madrid: Fundación Universitaria Española, 1998, p. 425.

⁶ Nuestro estudio comprende los siguientes documentos : en Zaragoza, Juan Francisco Andrés [de Uztárroz], *Obelisco histórico y honorario que la imperial ciudad de Zaragoza erigió a la inmortal memoria del Serenísimo Señor, Don Balthasar Carlos de Austria, príncipe de las Españas, escrívelo de orden de la misma ciudad [...] chronista del reino de Aragón, en Çaragoça, 1646, 205 pp.*, seguido de: doctor Pedro de Abella, *Oración fúnebre en las exequias que la imperial ciudad de Çaragoça hizo a la muerte de su príncipe Don Baltasar Carlos [...]*. Zaragoza, 1646, 30 pp. En Valladolid de Michoacán, doctor D. Francisco Arnaldo de Ysassi, *Sermón predicado a las honras [...] D. Balthasar Carlos México, 1647, 24 fols.* En Lima, licenciado D. Pedro Álvarez de Faria, *Relación de las Funerales exequias [...] al serenísimo príncipe de las Asturias, jurado de las Españas Don Baltasar Carlos de Austria N.S.* Lima, 1648, 68 fols., que lleva dentro el “Sermón del Illustrísimo S. D. Fray Juan de Arguinao, obispo de Santa Cruz de la Sierra”, del fol. 56 al 68. Para Manila, Padre Francisco Colín,

“La hora de todos” : la muerte de Baltasar Carlos

Baltasar Carlos había sido hasta entonces un príncipe radiante, como aparece en su gran retrato ecuestre del salón de las Batallas del Buen Retiro, pintado por Velázquez. En ese cuadro aéreo –estaba colgado sobre el dintel de la puerta–, rodeado por los retratos de sus parientes, el joven príncipe alzado sobre su montura indica con gesto decidido el camino al futuro. Sobre todo, captura en su rostro y sus ropajes dorados toda la luz del sol: es la perfecta imagen pictórica de un “espejo de príncipes” de una monarquía solar.

Precisamente alrededor de Baltasar Carlos despunta la última gran ola de ese género literario cuya ambición es educar al soberano ideal. En el marco hispánico, los espejos de príncipes conocen dos momentos particularmente importantes, asociados con la formación de dos personalidades nacientes. Hacia 1600 se trataba de indicar el camino recto al joven príncipe Felipe III: a ello se consagran Giovanni Botero –en forma indirecta– y los jesuitas Pedro de Rivadeneira y Juan de Mariana, quienes dedican sus obras a Felipe. En ese momento triunfa la razón de estado católica, tridentina y maquiavélica.⁷

El mismo impulso se manifiesta alrededor de Baltasar Carlos: en 1637, don Vicencio Juan de Lastanosa dedica al príncipe heredero *El héroe*, primera obra de su protegido Baltasar Gracián. En 1640 Diego de Saavedra Fajardo publica su *Idea de un Príncipe Político Christiano representada en cien empresas*: la obra está concebida como un espejo de príncipes, que lleva del nacimiento hasta la muerte, cuyo discípulo predilecto es Baltasar Carlos –a quien está dedicado– y el modelo ideal su ancestro Fernando el Católico. De manera premonitoria, da al niño de

Sermón en las honras y funerales obsequios que hizo la ciudad de Manila al Serenísimo Príncipe Don Balthassar Carlo., Manila, 1649, 15 fols. El conjunto está en la Biblioteca Nacional (en adelante bn) de Madrid.

⁷ Con matices, sin embargo : Juan de Mariana se inclina al lado tomista, pactista; Baltasar Álamos de Barrientos intenta oír las lecciones de Tácito.

diez años un último consejo: “gloriosa hazaña rendirse al conocimiento de su fragilidad y saverse desnudar voluntariamente de la grandeza antes que con violencia le despoje la muerte”, y la última empresa está dedicada a los ultrajes de la muerte, entre la calavera, las ruinas y la corona por el suelo.⁸ Como en 1600, está presente la misma fibra católica, pero advirtamos cómo esa veta se colorea, cómo lo político adquiere autonomía: significativamente, precede a lo cristiano en el título. Se diría lo mismo de *El Político don Fernando el Católico* (1640) de Gracián. Pero otros autores fueron más rígidos, como Claudio Clemente y su *El maquiavelismo degollado por la cristiana sabiduría de España y Austria*: en las últimas ediciones pone en escena al joven príncipe sometándose a los clérigos en distintas ocasiones. Esas anécdotas serán retomadas en las oraciones fúnebres, hasta en Manila. Y los exégetas no se quedaban atrás: Antonio Velázquez dedicó a Baltasar Carlos su comentario del *Salmo C*, titulado precisamente “espejo de príncipes”, que es un himno de alabanza al soberano. Y el autor bosqueja un emblema: Baltasar Carlos a caballo con la balanza de la justicia en la mano. Esta imagen fue retomada en Manila.

Cuando se educa un príncipe –o cuando muere– no basta con hacer viajar libros o ideas. Al otro lado del Atlántico, Baltasar Carlos también llamó la atención, sirvió como aval. Pero si en España, aunque de manera muy velada, el maquiavelismo aún podía expresarse so capa de tacitismo y de respeto hacia Fernando el Católico, América rechazó toda concesión. Así, don Juan de Palafox dedicó a Baltasar Carlos su *Historia sagrada luz de príncipes y súbditos* (Puebla, 1643), título que no podría ser más elocuente. Para el obispo, el providencialismo es el motor único de la Historia. Su dedicatoria terminaba con estas palabras: “todo el poder humano, sin el favor de Dios es viento y polvo”. Esta moraleja será retomada a menudo por los predicadores que harán el elogio fúnebre del joven difunto entre 1646 y 1648.

⁸ Diego de Saavedra Fajardo, *Idea de un Príncipe Político Christiano*. Madrid: Cátedra, Letras hispánicas, 1999, pp. 1042-1043 et p. 1048.

Seguramente Juan Blázquez Mayoralgo, funcionario del fisco en la Nueva España, conoció a Palafox. En cualquier caso, su *Perfecta razón de Estado deducida de los hechos del Señor Rey Don Fernando el Católico contra los políticos ateístas* –es decir, contra Maquiavelo– (México, 1646) se basaba en el Antiguo Testamento para dibujar la figura de un rey santo, sometido a un Dios terrible, capaz de hacer degollar en una sola noche a 185 000 asirios. Varios oradores lo recordarán en el periodo de 1646 a 1648. ¿Habrán leído a Blázquez Mayoralgo? Lo más probable es que hayan compartido las mismas lecturas y sin duda estaban inmersos en la misma cultura.

Así pues, desde antes de su muerte y a través de las evocaciones y representaciones de unos y otros, Baltasar Carlos ocupó el centro del dispositivo ideológico de la Monarquía católica en ambas márgenes del Atlántico (incluso del Pacífico). El providencialismo y la santidad real eran los dos pilares, y como estandartes estaban las figuras de los dos grandes ancestros: Fernando para el mito fundador, el César Carlos para la época dorada. Más allá, lo que distinguía a los autores era la sabia dosificación de pragmatismo, más acentuado en algunos, como los grandes españoles (Gracián, Saavedra Fajardo), más sofocado por el peso de las Sagradas Escrituras en los otros, de corte más clerical (y también, según ciertas opiniones, más provinciano, *americano*⁹). Pero tales matices quedaban casi borrados: una vez muerto, el príncipe ingresó en el universo de los clérigos y su imagen corría el riesgo de derrumbarse definitivamente. A menos que, entre sombras y polvo, llegase por fin a esa hora decisiva –“la hora de todos”– cuando todo oscila entre “sueño o verdad”, para retomar los términos de su padre, devastado por el dolor, al día siguiente de su muerte.

En Zaragoza murió el joven Baltasar Carlos, víctima de la viruela, luego de menos de una semana de enfermedad. Para la monarquía era

⁹ Aun cuando aceptemos que no son nativos de las “Indias de Castilla”, salvo uno. De los cuatro predicadores estudiados sólo uno es criollo.

un momento singularmente grave: había acompañado a su padre a Aragón para preparar la defensa de Lérida, atacada por vasallos rebeldes y por los franceses. La Historia y los predicadores recordarán que la primera carta escrita por ese padre abrumado, una hora después del deceso, fue para el general que encabezaba el socorro enviado a Lérida. Esas calamidades, esas guerras, constituyen un telón de fondo que los autores de los sermones no podían ignorar por completo, y además algunos se apoyarán sobre ellas para mejor morigerar a su auditorio (como en Valladolid de Michoacán).

La agonía de Baltasar Carlos es la de un príncipe, lo cual equivale a decir que es pública y ejemplar y está cargada de símbolos. Nos es conocida gracias al relato que hace el doctor Juan Francisco Andrés de Uztárroz, cronista de Aragón.¹⁰ “Todos acudían a Palacio, disponíanse muchas processiones”, recuerda en su oración fúnebre, en Zaragoza, el doctor Pedro de Abella.¹¹ El príncipe aceptó la muerte con resignación; mantuvo suficiente lucidez, dice su padre: “pudo confesarse y reconciliarse tres o cuatro veces, a gran satisfacción de su confesor”¹². Durante su corta enfermedad recibió la visita de algunas imágenes devotas, como la de Nuestra Señora de Cogullada y la Virgen del Portillo, y se le dieron los santos óleos frente a “la Imagen de Christo crucificado, con la cual murieron el Augustísimo, i nunca bastantemente celebrado, el Señor Emperador Carlos v, i los Serenísimos Reyes, don Felipe el Prudente, i el Piadoso”¹³. Era la reliquia dinástica más preciosa.

El deceso ocurrió el 9 de octubre y el cuerpo partió, con toda la pompa del caso, la tarde del 16 rumbo al real monasterio del Esco-

¹⁰ Uztárroz, *Obelisco histórico i honorario*.

¹¹ Abella, *Oración fúnebre*, p. 22.

¹² María de Jesús de Ágreda, *Correspondencia con Felipe IV. Religión y razón de estado*. Madrid: Castalia, 1991, p. 101.

¹³ Uztárroz, *Obelisco histórico y honorario*, p. 125.

rial, donde llegó el 27. Ahí, una vez más, lo simbólico cobró gran relevancia. En noviembre de 1648, en las antípodas del Imperio, en Manila, el predicador invitaba a sus oyentes a embarcarse: “atravesemos en un instante todos esos mares [...] desembarquemos en la Real Corte, y besada la mano a su católica Magestad [...] lleguemos al magnífico y suntuoso Mausoleo del Escorial [...]. Entremos por aquellas bóvedas o niquios, donde reposan los reales cadáveres [...] no dexaremos de ver allí grandes misterios”¹⁴. Pero antes de acceder a esos “grandes misterios” habrá que comenzar al revés, embarcarnos en Cádiz para acompañar la fúnebre noticia en su difusión a lo largo y ancho del Imperio. Es importante analizar los mecanismos de su transmisión para comprender la formación y la diversidad de esa cultura imperial. Si bien el sol no se ponía sobre el Imperio, no lo iluminaba todo al mismo tiempo ni con la misma intensidad. Así, las noticias no llegaban de Madrid en el mismo momento a los distintos ámbitos del inmenso territorio español ni su recepción tenía la misma fuerza.

“ Presagios lastimosos no necessitan de navío de aviso ”¹⁵

La coordinada espacio-tiempo es, en efecto, fundamental para el gobierno de la Monarquía, pero también es necesaria para analizar las reacciones y ver edificarse esos palmos de cultura imperial. El acontecimiento elegido, trascendente para el devenir del Estado, y los cuatro puntos de observación escogidos (Zaragoza es aquí un término de referencia, abólida toda distancia) permiten un análisis concreto.

En Zaragoza el elogio fúnebre fue pronunciado el 21 de octubre, sin cuerpo presente. El predicador sólo tuvo unos quince días para prepararse, con la emoción que podemos imaginar, entre las diversas obligaciones que le fueron asignadas: no hay, pues, que sorprenderse

¹⁴ Colín, *Sermón en las honras*, fol. 14r.

¹⁵ Álvarez de Faria, *Relación de las funerales exequias*, fol. 2r.

si su sermón es breve, menos nutrido de erudición sagrada que los que le seguirían (*vid.* tabla).

En Valladolid de Michoacán la ceremonia tuvo lugar el 30 de julio de 1647. Esto significa que la noticia había sido recibida alrededor de un mes antes. Tardó cerca de ocho meses en llegar. Es mucho tiempo: podemos compararlo con la muerte de Felipe II (13 de diciembre de 1598), cuya noticia se da en México el 10 de febrero de 1599.¹⁶ Sin embargo, el análisis de las fuentes muestra que ese retraso de 1647 no influyó ni sobre el contenido ni sobre desarrollo de las ceremonias.

En Lima conocemos con gran precisión los hechos relacionados con la llegada de la noticia: el 20 de septiembre de 1647 “llegó el aviso de cómo Nuestro Señor fué servido de llevarse a su sancta Gloria a nuestro príncipe”.¹⁷ El sermón que se estudia aquí resonó bajo las bóvedas de la capilla del Santo Oficio el 14 de octubre de 1647. No hubo sino un intervalo de tres semanas: fue poco tiempo, aunque suficiente (también el arreglo del túmulo, con cuatro estrados superpuestos, era bastante sencillo). Pero, sobre todo, el autor de la relación que acompaña la oración fúnebre, el mismo secretario del Santo Oficio, aporta importantes precisiones sobre la demora de la noticia. Se comprende así qué repercusiones pudo tener en Lima.

Ante la importancia de tal acontecimiento, que había que dar a conocer a toda la Monarquía, la Corona reacciona según su inclinación natural; es decir, aplicando el centralismo, que, en un conjunto tan heterogéneo, sólo podía resultar en el fracaso. El secretario del Santo Oficio de Lima nos informa que “tardó la nave [...] porque el patrón del aviso traxo orden de repartirle a todos los Reinos y Provincias más principales del Occidente; y para facilitararlo tomó puerto en el de la Havana (que es en medio) de donde dirigió los pliegos a Nueva Espa-

¹⁶ Domingo Chimalpáhin, *Diario*. México: Conaculta, 2000, pp. 73-75.

¹⁷ Joseph y Francisco de Mugaburu, *Diario de Lima (1640-1694)*. Lima: Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, 1917, p. 7.

ña, Filipinas, y las demás partes de aquellas costas, y a todo lo restante del Perú”¹⁸. Pero –diríamos– el retraso no cambia nada para la Nueva España, ¿por qué entonces habrá tenido consecuencias en el Perú? “En ella [Lima] se avía anticipado tres meses antes [...], por caminos tan indirectos, que solo parece pudo llegar en postas del aire”, o más bien por Buenos Aires... o Panamá, y de manera totalmente oficiosa. Así pues, cuando llegó a Lima la carta de Felipe IV, la noticia de la muerte de su hijo ya no es un suceso novedoso y el duelo ya ha sido hecho en los corazones cuando se monta todo el escenario fúnebre. De otra forma no podríamos explicarnos el contraste entre el tono de ciertos poemas que acompañan el relato o que fueron escritos en el montaje de la capilla del Santo Oficio de Lima –con un ingenio que raya en el despropósito– y los alcances profundamente dramáticos que se suponía que todo debía tener. Así, un poeta (¿bobalicón?) felicita al autor del relato:

que en que Baltasar muriera
está tu inmortalidad,

o también:

No vi muerte tan luzida
que la de tu Relación
mas sólo tu discreción
pudo boļverla a la vida.

El tema central –lo que está en juego: la sucesión– es tratado aquí con total inconciencia. Se hace hablar al espectro de Baltasar Carlos:

Vasallos del Rey mi padre,
no lloréis tanto mi muerte,

¹⁸ Álvarez de Faria, *Relación de las Funerales exequias*, fol. 4v.

pues vuestra dicha consiste
sólo en que yo no herede.
Uno de los dos avía
De morir antes; pues quede
Rey, que sabe serlo en todo
No Rey que de nuevo empiece¹⁹.

Resulta evidente que la emoción se fue desgastando por el mal funcionamiento de la transmisión de las noticias imperiales y que se está lejos de la desolación de 1701. Podemos llevar más allá la reflexión y considerar que las especificidades peruanas a partir de 1808 se explican –al menos en parte– por las particularidades de su geografía en cuanto a la propagación de las noticias.

Faltaba todavía Manila. La ceremonia tuvo lugar ahí el 10 de noviembre de 1648. Habían, pues, pasado exactamente dos años desde el suceso, pero como no hubo atajos en el camino de la noticia, la conmoción fue completa. ¿Pero qué conmoción? Podemos pensar que, a más de dos años de distancia, finalmente fue amortiguada. Si en Zaragoza, incluso aún en América, se podía evocar el fragor de las guerras europeas, Manila vive a la sazón replegada sobre sus propias desdichas: “hemos visto temblar en Manila y sus islas la tierra por muchos meses, con ruina y destrucción de sus edificios”²⁰.

Manila tiene además otra ventaja, incluso por encima que el continente americano que le sirve a la vez de puente y filtro: está en la punta de la cadena y las noticias le llegan con todo un recubrimiento elaborado en España o en la Nueva España. Así, el sermón pronunciado es uno de los más ricos por sus fuentes (*vid.* tabla) y hace referencia sobre todo a “la carta de la relación de su muerte, escrita en Zaragoza”²¹. El orador

¹⁹ *Idem*, fol. 19r.

²⁰ Colín, *Sermón en las honras.*, fol. 5v.

²¹ *Ibid.*, fol. 11r. Hay que notar que no se trata del *Obelisco histórico*, utilizado aquí.

cita en dos ocasiones la *Orac[ion] Funeb[re] de Mexi[co]*,²² a propósito de anécdotas relativas a las virtudes del joven difunto. Por supuesto que esos opúsculos habían llegado en el galeón de Manila junto con la funesta nueva.

Vale la pena detenerse en esta circunstancia, pues permite comprender cómo de Zaragoza (o Madrid) a Manila las noticias –y no sólo las pragmáticas o los libros– circulan, se desmultiplican: la información venida de España se reelabora en México y se retransmite a Manila, lo que desemboca en la creación de un molde común. Esto concierne particularmente los hechos relacionados con las vicisitudes de la Monarquía: así, en 1701, en el momento de los elogios fúnebres a Carlos II, los oradores citan sistemáticamente su testamento y la *Gaceta de Madrid* que tienen a la vista mientras redactan el sermón. El grado de refinamiento que a veces alcanza la difusión puede sorprendernos: en Lima, en enero de 1630 se reciben “pliegos de Castilla en ocho caxones” que son abiertos y donde se descubren “muchas nuevas [que] vinieron de Castilla, las cuales se imprimen a toda priessa en esta corte”²³. En la época de la realidad virtual, los grandes periódicos que se editan en varios continentes no hacen otra cosa, sólo la hacen infinitamente más rápido.

Del soberano muerto a las expresiones
de una cultura simbólica

En contraste con las juras o proclamas reales, exuberantes y cada vez más recargadas de ceremonial, las honras fúnebres se desarrollan en dos días.²⁴ Salvo el preámbulo que son las procesiones, todo se desa-

²² Quizá la de fray Buenaventura de Salinas y Córdoba, *Oración funebre a las honras y pompa [...]*, 17 fol., México.

²³ Antonio Suardo, *Diario de Lima (1629-1639)*, Lima, Universidad Católica del Perú, 1936, p. 41.

²⁴ En realidad, por lo general en cuatro días, ya que después de la catedral es el turno del Santo Oficio de honrar al difunto, como en Lima.

rolla dentro de la iglesia. Primero alrededor del túmulo, cuya grandeza e iluminación se admira y cuyo significado simbólico se descifra punto por punto. Luego al pie del púlpito desde el que el predicador asocia a la comunidad al pesar que embarga a la Corona: toca a cada quien sacar sus propias enseñanzas, pero la que pronuncia el canónigo don Francisco de Ysassi en Valladolid vale para todos: “si queremos levantarnos, humillémonos”.

Todo ello en una puesta en escena sabiamente lúgubre. Escuchemos al jesuita Francisco Colín en Manila: “nuestras propias personas mal compuestas, y adornadas con toldados, capuzes, y rozagantes loras; al son de metales clamorosos: a vista de ardientes piras, y levantados mausoleos; y entre paredes cubiertas de negros tapizes”. Lo que aquí se expresa es sin lugar a dudas la pompa barroca que apela a todos los sentidos, y ante todo a la vista, al mismo tiempo que el triunfo de la muerte.

Pero nuestro propósito no es evocar un ambiente, sino, junto con los asistentes a estas ceremonias, deducir las lecciones, conformar esta cultura que nos ocupa. La enseñanza recibida proviene, pues, de dos fuentes: el túmulo y su decoración, el sermón y su emoción.

Para 1646-1648 sólo conocemos los túmulos erigidos en Zaragoza y Lima. En la capital aragonesa se montó uno en el sitio más frecuentado, la plaza del mercado, y otro, como debe ser, en la catedral. El de la plaza, más popular, estaba rematado “en las quatro esquinas [con] los vestigios de la mortalidad en la triste arquitectura de los huessos”. En el segundo, la muerte es menos evidente: “en los nichos estaban pintadas las virtudes que mas resplandecieron en su Alteza”²⁵. Ya hemos evocado el monumento, más modesto, de la capilla del Santo Oficio de Lima: como siempre en tales casos, fue revestido de luces mediante “candelabros, hachones, blandones de plata y oro”. Igual que en la catedral zaragozana, no se creyó oportuno

²⁵ Para el conjunto, *vid.* Uztárroz, *Obelisco histórico y honorario*, pp. 148-188.

hacer figurar la representación de la muerte de manera demasiado aparente: ¿habría cierta contención dada la juventud del difunto?

En la capilla limeña la muerte recubría paredes y baldosas con tafetán negro “sin dexar blanco”. Su presencia y su poderío se revelaban a través de los emblemas y poesías del efímero monumento. El autor de la relación de Lima que acompaña el sermón se esforzó mucho por entregarnos esos retazos literarios. Al mismo tiempo, nos da pistas muy precisas sobre su elaboración, pero también –y sobre todo– de su aceptación por el público. Conviene citarlo sin omitir nada:

“acabado el acto, quando empeçava la oración angélica, ocurrió gente sin número a ver el aparato y aliño del mausoleo, y los curiosos a leer los geroglíficos y versos [...]. Los que pude recoger pondré en su lugar con el nombre de los dueños que supiere [...], faltaron muchos papeles, de que no recogí las copias, por no saber los autores, y aver quitado los originales por estimables la gente que pecó de golosa deste manjar, y otros que por llevar algo los quitaron del altar, como lo hicieron hasta rasgar los tafetanes con la priessa del pillaje”²⁶.

Meditemos sobre este texto, valioso entre todos. Estamos en un cruce de caminos: un acontecimiento de importancia mayúscula para la Corona, a la que se rinde un tributo de respeto y de lealtad benévola venido de horizontes múltiples (laicos y clericales, en forma de pinturas y poesías), el gentío discute todo apasionadamente, los adornos se transforman en reliquias. Y eso tiene lugar bajo las bóvedas protectoras de una iglesia. Así, la formación de esta cultura no es una simple imposición venida de arriba, sino que, en el sitio mismo, parte de la comunidad aporta su contribución y su originalidad, enmarcadas, como debe ser, por la institución eclesiástica.

²⁶ Álvarez de Faria, *Relación de las Funerales exequias*, p. 11r.

Sin embargo, seamos prudentes ante ese término de “originalidad”. El examen de esta producción en Lima en 1647 prueba que el conjunto de las elites –incluidas algunas poetisas– están impregnadas de cultura simbólica, transmitida a la vez por el humanismo cristiano y por la gran popularidad de que gozan los “jeroglíficos” al menos desde mediados del siglo XVI. El conjunto recalca el aspecto barroco y fúnebre de los sentimientos a propósito de la Monarquía. Y el mismo mensaje se repite hasta la saciedad: la vida como camino hacia la muerte, el Rey como astro solar, el poder efímero como una flor:

¿Qué espera quien (desde que nace) espira?
Llora Filipo tan infausto día,
pues tu genuina luz se vio eclipsada
en las tiernas auroras de su Oriente.

Las mujeres parecen tener predilección por las flores:

Ayer de Isabela, Flor
de Lis, y de España Rosa..

Algunos combinan las metáforas:

Pues fue su virtud estraña :
Viviendo, la luz de España,
Muriendo, la flor de el cielo.

La sociedad proyecta así una doble imagen, muy precisa, del rey en esa monarquía planetaria. Sobrehumano, casi divino por su dimensión solar, extrañamente frágil en su envoltura humana (o floral).

¿Pero habrá sido percibido a cabalidad el alcance real de esa muerte? No lo parece: en todo caso, se pasa por alto la ruptura en la línea de sucesión, no se evoca el significado político de la muerte de Baltasar

Carlos. Incluso los mejores ingenios de Lima, como el cronista fray Antonio de la Calancha, autor de cinco emblemas, se conforman con los lugares comunes:

Viviendo mi padre, a mí
la Corona me faltava
por ella al cielo subí,
donde, si ella me aguardava,
eterna la merecí.

De acuerdo, pero ¿qué pasa con la herencia temporal, con el futuro del reino?

El rey santo, prisionero de los clérigos
¿Tendremos un enfoque distinto desde el púlpito? La cohesión de conjunto, en el ámbito de la Monarquía católica, se revela muy fuerte a través de los cuatro sermones estudiados. Reside ante todo en el macizo cimiento que une a los autores: doctores en teología y canónigos (en Zaragoza, en Valladolid de Michoacán), rector del colegio jesuita y cronista de su provincia en Manila, obispo y catedrático de prima de teología en Lima. Son, pues, los custodios del Templo quienes se expresan aquí, sin pasar por alto que tienen además funciones inquisitoriales.

Su unanimidad se expresa con toda claridad en la coincidencia de las autoridades que citan en sus sermones (*vid.* tabla) y, por tanto, en la cohesión del mensaje que se empeñan en transmitir. Las citas del Antiguo Testamento son muchas más que las del Nuevo: por sí solos, el *Libro de los Reyes*, el *Génesis* o los *Salmos* (éstos con catorce referencias) superan el conjunto de las citas evangélicas. Y la diferencia sería todavía más enorme si se tomara en cuenta que los Padres de la Iglesia y los exégetas son citados precisamente en sus comentarios a la Palabra veterotestamentaria. Y también ahí hay una concordancia y una concentración notables: San Jerónimo –el autor de la *Vulgata*– y

San Ambrosio representan más de la mitad (39 de 73) de las citas de la antigüedad tardía y de la Edad Media. San Agustín está casi ausente –apenas cuatro citas–, pues se ocupa más de la vida interior que de la exégesis o de traducciones.

Resulta evidente que el Evangelio no aporta a estos oradores sagrados el material que buscan. No es que la muerte esté ausente en ellos: no hay que olvidar la Pasión. No es que no existan reyes: ¿quién está ahí sino el Rey de reyes? Y el modelo crístico se ofrece entonces como espejo a los monarcas.²⁷ Pero en 1646-1648, en ese momento preciso en el que se trata de dar una imagen compleja y completa del soberano en su lecho de muerte, el rey según Cristo resulta demasiado unívoco en representaciones. En cuanto a los otros gobernantes de los Evangelios, son más bien impresentables (Herodes, Pilatos...) o insignificantes: en Valladolid, Ysassi retoma la anécdota según la cual un “reyezuelo” pide a Jesús devolver la salud a su hijo.²⁸

Los jueces, los profetas, los reyes del Antiguo Testamento ofrecen muchos más ejemplos y constituyen figuras emblemáticas. Aarón con su vara que florece se repite de sermón en sermón, con el mismo simbolismo evidente: “que son flores los principados [...], y que duran como las flores”²⁹. Esos patriarcas se llaman Job, Abraham, David: también ofrecieron a Dios a su primogénito, como Felipe IV. Éste se ve elevado, en su resignación, a su nivel de santidad, o incluso más arriba: en Valladolid se oye: “es necesaria una alma de diamante para resignarse todo en las manos de Dios en este caso”. Y Baltasar Carlos es asimilado al rey Josías, a quien Dios recoge para que no sufra por los excesos de sus vasallos.³⁰ Es, pues, la imagen de un patriarca ungido del Señor, some-

²⁷ Vid. fray Luis de León, *De los nombres de Cristo*, publicado en 1583, o Francisco de Quevedo, *Política de Dios, gobierno de Cristo*, de los años 1617-1626.

²⁸ *Evangelio según San Juan*, cap. IV; en Ysassi, *Sermón predicado...*, fol. 6v.

²⁹ Arguinao, *Sermón*, fol. 59r.

³⁰ Ysassi, *Sermón predicado...*, fol. 18r et 20v.

Tabla 1

Las autoridades citadas en los cuatro sermones

	Zaragoza	Valladolid de Michoacán	Lima	Manila	Total
Antiguo Testamento .	19	33	25	28	105
De ahí: <i>Reyes</i>	5	8	7	4	
					24
Nuevo Testamento	2	9	4	0	15
Padres de la Iglesia*	15	20	17	21	73
Exegetas	7	5	4	13	29
Otros	3	1	5	4	13
Total	46	68	55	66	235

* : y santos medievales.

tido a Él, la que los clérigos buscan imponer a los fieles, pero también a la Corona: la figura de un Cristo parecería aquí demasiado elevada, no suficientemente flexible.

Tanto más cuanto que la segunda parte del mensaje, exclusivamente dirigida a los fieles, no cuadra con el Nuevo Testamento. La divinidad es ahí un Dios de amor, de perdón. Pero para los tiempos de hierro que corren en la Monarquía católica, se requiere de otra imagen de lo divino, precisamente la que ofrece el Antiguo Testamento. No es casualidad que, en Manila, Francisco Colín saque su tema de los versículos 12 y 13 del Salmo LXXV, que traduce así: “los sacerdotes que tenéis por oficio sacrificar a Dios, en el altar, oy es día de hazerlo con más favor, quando la Magestad del cielo se muestra rigurosa y terrible con las de la tierra: y quita la vida a los Príncipes”.

Es, pues, el Dios terrible, el de los ejércitos, el que se yergue ante el auditorio, con las implicaciones políticas que de ahí derivan. El

texto más explícito es el que se dejó oír en Valladolid de Michoacán. Tras comparar a Felipe IV con David y haber recordado que “Nuestro gran Monarca [...] es la mas fuerte columna de la Iglesia”, Ysassi subraya que “Dios esta muy irritado contra nosotros”. Si Baltasar Carlos fue arrebatado de este mundo, los responsables “no fueron sino [los] pecados nuestros”. Y concluye, casi apretando los dientes, con una visión extrema del providencialismo, “como si por nuestra fee sola estuviese Dios obligado a favorecernos; soberbia es hacer prenda de ella para obligarlo, quando le es devida [...] y despues de averle servido con todas nuestras fuerças entender que no emos hecho nada”.

Francisco de Ysassi podría entonces llevar el tema más lejos y afirmar que Baltasar Carlos sigue el modelo del cordero pascual. No lo hace, ni tampoco los otros predicadores. Cuando mucho reconocen que el príncipe será, en el cielo, intercesor de sus reinos. ¿Por qué tal reticencia? Aquí, una vez más, el hábito crístico habría permitido al soberano escapar al control de los clérigos, habría incluso revertido los términos de la sumisión...

Hay otra gran enseñanza que proclaman estos elogios fúnebres: el príncipe es humano. En Zaragoza, donde se quebró su humanidad, naturalmente el sermón insistía en forma particular en este aspecto. El doctor Pedro de Abella elige cuidadosamente la cita que luego desarrolla: “la hierba se seca, la flor se marchita, en cuanto le dé el viento del Señor” (*Isaías*, cap. XL). Pero todos los autores insisten en las virtudes humanas (y piadosas) de Baltasar Carlos, y las mismas anécdotas vuelven una y otra vez: “yo pedacitos me haría por la fe” (Zaragoza), “quererse embarcar en las galeras de Nápoles para ir en persona a defender al Sumo Pontífice” (Valladolid), “y a sus sacerdotes [...] que los avían de traer los hombres sobre sus cabeças” (Lima), “y preguntado [...] qué devoción y reverencia tenía al Santíssimo, doblando con devoción su tierno cuerpecillo, se humillava ” (Manila).

Así, una prodigiosa humanidad real surge de los sermones, pero sumisa a Dios y a sus servidores, profundamente humana porque es humillada por la muerte. Es, a la postre, el mismo mensaje que el de los emblemas, pero con un sentido desviado en beneficio de la institución clerical. Y ésta reina sobre la muerte y el destino de las almas. La muerte del poderoso permitía así ofrecer una pedagogía cincelada con palabras: polvo, resignación y triunfo. Había que aceptar mirar de frente la descomposición de la envoltura carnal: en Manila, Francisco Colín hacía surgir “deshecha la figura de nuestro Carlos [...] roído de gusanos los huesos [...] Y si algo queda todavía de Carlos, ¿no son podre y gusanos?”

Felipe IV da pruebas de una grandeza estoica, resignada, digna de David y de los más grandes romanos:

ver sus reinos sin heredero, que vivamente le representasse [...]. Todo lo venció su pecho católico y Real, y con resignación grande a la voluntad divina [...]. Este exemplo de valor christiano de nuestro Gran Monarca a todo se adelanta, pues apenas supo la muerte de su Alteza, olvidando las ternuras de padre, acordándose de las obligaciones de Rei se pone al despacho³¹.

Resignación también ante el carácter ineluctable, igualador de la muerte, lo que es un recordatorio del *ars moriendi* que enuncia en Manila Francisco Colín: “todo lo lleva por un rasero”. Y en Valladolid la referencia es más antigua, retoma al “sapiéntissimo estoico” Séneca: “vivimos entre lo que ha de perecer”.

¿Triunfo de la muerte? Ésta no es sino un terrible instrumento entre las manos de Dios: “ostenta Dios lo terrible y riguroso de su Justicia en la muerte intempestiva de los Reyes y Príncipes”³². Gracias a

³¹ Abella, *Oración funebre*, p. 27-28.

³² Colín, *Sermón en las honras...*, fol 3v.

la muerte, Dios ofrece una oportunidad de salvación, y así su triunfo aparente contiene su propia derrota. Esta idea inspira al predicador zaragozano su metáfora más fuerte: “es que entró su Alteza a combatir con la muerte, armado de la misma muerte, que es la muerte tan fiera enemiga, que ella sola a sí misma se vence”.³³ Es también la que desarrolla en Lima fray Juan de Arguinao, apoyándose a la vez en San Agustín y San Ambrosio: “dichosa la muerte y mil veces dichosa, y feliz, que es para librar de los males y peligros desta vida”.³⁴

Los intersticios del discurso

No hubo, pues, Casandras en 1646-1648. Es que los dones adivinatorios son escasos, pero también es que la presencia de un rey relativamente joven –Felipe IV, a la sazón de alrededor de cuarenta años– disimula los peligros que acechan. Incluso se calibran con cinismo las ventajas que España puede obtener de esa muerte del príncipe. Como dice en Zaragoza Pedro de Abella, así se tendrá a uno para gobernar, al otro para interceder en el Cielo, y de ese modo “será victoriosa España, i postrados sus enemigos gozará de la paz que tanto desea”. En Lima se muestran más que dispuestos a hacer borrón y cuenta nueva: “Quiera Dios, que mediante la muerte de nuestro Príncipe [...] y a costa de las vidas de los vasallos (si fuere necesario) se aumente la de nuestro Monarca Filipo IIII para que en ella se recupere en sucession feliz”.³⁵

Y, con todo, ¿habrán escapado los predicadores, a tan pocos años de Rocroi (1643), de la marca de “este tiempo tan calamitoso”, como dice Abella en Zaragoza? Por supuesto que no, pero en distinta medida, mientras que el discurso sobre la “declinación” y la “conservación” de la Monarquía es sin duda lacerante.³⁶ En Zaragoza es ante todo el des-

³³ Abella, *Oración fúnebre*, p. 24.

³⁴ Arguinao, *Sermón.*, fol. 63v.

³⁵ Álvarez de Faria, *Relación de las Funerales exequias*, fol. 3v.

³⁶ Vid. J. H. Elliott, “Instrospección colectiva y decadencia en España a princi

tino personal del joven Baltasar lo que preocupa al orador: aún bajo la impresión causada por la muerte, y en razón de cierto pudor, sugiere apenas el drama imperial que se desarrolla. Para qué decir más, en medio de las “tempestades [y los] torbellinos” que azotan por entonces a Aragón. En Lima el discurso sobre la decadencia queda difuso, es poco audible: ¿será que, en contraste con Aragón –tan cercano–, se está muy lejos? Todavía está más lejos Manila, y ahí se preocupan sobre todo por los desastres inmediatos. Se evocan “las calamidades del reino”, pero sin pesadumbre. En cuanto a la “reformación de vida y costumbres”, términos muy socorridos en la época, alude en boca de Francisco Colín a los destinos individuales, no al del Estado. ¡Se alienta a dejar el siglo y abrazar los hábitos clericales!

Sólo Ysassi –y Valladolid– están una vez más a la distancia adecuada, que permite evocar sin cortapisas “la perfidia y traición de sus mismos vasallos [de Felipe IV, que] se los ha desmembrado [los reinos]”³⁷. Se hacen votos “para que se aplaque la ira de Dios, se sosiegue la tempestad que turba a el mundo con tantas guerras, y se salve nuestra España haciendo penitencia de sus culpas”³⁸. Así, pese a todo, no varía la coloración del discurso, que sigue siendo resueltamente clerical.

Hemos podido ver cómo la lejanía podía complicar la transmisión y la percepción de las noticias. Pero la lejanía también modifica los sentimientos de los vasallos, más o menos separados del “calor” de la persona real. Esa presencia del soberano es sentida muy directamente en Zaragoza, acentúa los efectos de todo lo que emana del príncipe, la alegría de haberlo visto radiante, pero también la desdicha de asistir a su muerte: “aquí en esta ciudad, a nuestra vista

pios del siglo XVII”, en J. H. Elliott (ed.) *Poder y sociedad en la España de los Austrias*. Barcelona: Crítica, 1983, pp. 198-223.

³⁷ Ysassi, *Sermón predicado*, fol. 11v.

³⁸ *Idem*, fol. 15v.

se llegó el tiempo fatal, donde la muerte cortó la mas tierna flor”.³⁹ Una dolorosa ternura emana de esta oración, la más personal de todas, la más conmovedora, la menos lastrada por la erudición. En las otras ciudades, la lejanía es un dato esencial mencionado a veces con nostalgia, como cuando Colín invita a sus oyentes a seguirlo con el pensamiento de Manila al Escorial. Pero esa distancia es también reivindicada: como en Lima, donde el conjunto de poemas termina con el enviado por “el reyno del Perú al rey”, firmado por “el reyno más distante y más seguro”.⁴⁰ “Seguro” debe entenderse aquí como “leal”: es lo que repite Colín desde Manila: “los de la ilustre Republica y pueblo Manilano: los vasallos mas fieles y leales, como los más apartados de toda la Monarquía”.⁴¹ La lejanía como amplificador de la lealtad: es una de las grandes enseñanzas de esta cultura imperial que vemos expresarse y que una vez más se irá afinando en 1702-1713, en 1808...

Pero la distancia supone también especificidad, particularismo. Algunos aspectos, sobre todo los impuestos por la geografía, acaban de ser evocados. Más allá, hay que reconocer que la cultura clerical en la que están inmersos los cuatro oradores atenúa considerablemente las diferencias de un sermón al otro. Es en los poemas y los emblemas que acompañan la escenografía fúnebre donde podrán notarse esas afirmaciones regionales. Están presentes en Zaragoza, que dispone de una antigua tradición en la materia: sobre el túmulo de la plaza del mercado, “en los nichos se pintaron Çaragoça, los quatro rios que la bañan, i las demás ciudades del Reino acompañándola en el dolor”.⁴² También las hallamos en los reinos de ultramar: desde este punto de vista, es interesante ver cómo en Lima se

³⁹ Abella, *Oración fúnebre.*, p. 2.

⁴⁰ Álvarez de Faria, *Relación de las Funerales exequias*, fol. 55v.

⁴¹ Colín, *Sermón en las honras.*, fol. 13v.

⁴² Uztároz, *Obelisco histórico y honorario*, p. 154.

escribe varias veces la palabra *América*. Pero llama la atención sobre todo la carta escrita por el reino del Perú a Felipe IV: en ella vemos la exaltación de su proverbial riqueza, del orgullo de los criollos descendientes de los conquistadores:

Señor, este reino, que
desde la creación del mundo
fue el diamante de la tierra,
por tantas edades bruto.
De Bárbaros poseído
[...]
Y a tu católico yugo
Rendió la cerviz altiva
Para pagarte tributo
Es (entre todos tus reinos)
El gigante mas robusto
[...]
donde parece que puso
Dios en custodia la plata,
Por librarla del diluvio.⁴³

Como una lúgubre matraca cuaresmal, a lo largo de dos años, en todo el globo, estos llamados a la lealtad, esta afirmación de la envoltura humana de la Majestad y de su carácter santo resonaron de ciudad en ciudad. Era básicamente el clero el que marcaba el compás: aprovechaba para domeñar esta representación de la realeza. Para ello orquestó el llanto de todo un imperio entre 1646 y 1648. Probablemente los oradores sagrados tuvieron, más que en otros momentos, plena libertad: la sombra política de un joven príncipe muerto sin corona era más fácil de manejar que la de un soberano cargado de experiencias. Además, eran

⁴³ Álvarez de Faria, *Relación de las Funerales exequias*, fol. 54r.

sólo uno de los grupos que forjaban la ideología y, por ende, la cultura “imperial”. Pero la casta sacerdotal, coherente y estructurada, ciertamente no fue la única en hacerse oír, y ese periodo que va de 1640 a 1650, tan cargado de consecuencias para el futuro, fue sin duda crucial.

Fuentes primarias

AGREDA, María de Jesús de, *Correspondencia con Felipe IV. Religión y razón de estado*, Madrid, Castalia, 1991, 260 pp.

ÁLVAREZ DE FARIA, LICENCIADO D. PEDRO, *Relación de las Funerales exequias [...] al serenísimo príncipe de las Asturias, jurado de las Españas Don Baltasar Carlos de Austria N.S.*, Lima, 1648, 68 fols., que incluye el “Sermón del Ilustrísimo S. D. Fray Juan de Arguinao, obispo de Santa Cruz de la Sierra”, del fol. 56 al 68.

BUENDÍA, JOSEPH DE, S.J., *Purentación real al Soberano [...] Don Carlos II*, Lima, 1701.

ANDRÉS [DE UZTÁRROZ], JUAN FRANCISCO, *Obelisco histórico y honorario que la imperial ciudad de Zaragoza erigió a la inmortal memoria del Serenísimo Señor, Don Balthasar Carlos de Austria, príncipe de las Españas, escrívelo de orden de la misma ciudad [...] chronista del reino de Aragón, en Çaragoça*, 1646, 205 pp., seguido de: doctor Pedro de Abella, *Oración fúnebre en las exequias que la imperial ciudad de Çaragoça hizo a la muerte de su príncipe Don Baltasar Carlos [...]*, Zaragoza, 1646, 30 pp.

ARNALDO DE YSASSI, DOCTOR D. FRANCISCO, *Sermón predicado a las honras [...] D. Balthasar Carlos*, México, 1647, 24 fols.

COLÍN, PADRE FRANCISCO, S.J., *Sermón en las honras y funerales obsequios que hizo la ciudad de Manila al Serenísimo Príncipe Don Balthassar Carlos*, Manila, 1649, 15 fols.

GÓMEZ DE LA PARRA, DOCTOR JOSEPH, *Grano de trigo fecundo de virtudes en la vida, fecundísimo por la Sucessión en la muerte [...] Don Carlos Segundo*, Puebla, 1701, 38 fols.

- MUGABURU, Joseph y Francisco de, *Diario de Lima (1640-1694)*, Lima, Colección de libros y documentos referentes a la historia del Perú, 1917, 2 tomos.
- SAAVEDRA FAJARDO, Diego de, *Idea de un Príncipe Político Christiano representada en cien empresas*, Madrid, Cátedra, Letras hispánicas, 1999, 1 077 pp.
- SAN MIGUEL, Juan De, *Espejo para todos los reyes de el Mundo [...] D. Carlos Segundo*, México, 1701, 25 pp.
- SUARDO, José Antonio, *Diario de Lima (1629-1639)*, Lima, Universidad Católica del Perú, 1936.

Fuentes secundarias

- BARRIOCANAL LÓPEZ, YOLANDA, *Exequias reales en la Galicia del Antiguo Régimen. Poder ritual y arte efímero*, Vigo, Universidad de Vigo, 1997, 266 pp.
- ELLIOTT, J. H., "Instrospección colectiva y decadencia en España a principios del siglo XVII", en J. H. Elliott (ed.) *Poder y sociedad en la España de los Austrias*, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 198-223.
- MEDINA, José Toribio, *La imprenta en Mexico (1539-1821)*, México, UNAM, 1989 [1911], 8 tomos.